

Neutralidad o intervención

Los intelectuales españoles frente a la Primera Guerra Mundial (1914-1918)

Maximiliano Fuentes

«*The New Year opens in hope, with opportunity, with the certainty of good things, good business, and carefree minds*» afirmaba eufórico *The New York Times* el primer día de 1914. En Europa, la situación era mucho más mesurada. En la última edición del año que concluía, el semanario británico *The Spectator* ilustró la contención que dominaba el continente después de los sucesivos conflictos imperialistas que habían tenido lugar desde el inicio del siglo, «*One great advantage of the present time, which is the outcome of many past disadvantages and much tribulation, is that men have had their fill of fighting*». A pesar de las diferentes esperanzas proyectadas, unos y otros, americanos y europeos, parecían desconocer la enorme mutación que estaba a punto de producirse. La «edad de la seguridad» que recordaría con melancolía algunas décadas más tarde Stefan Zweig en su imprescindible *El mundo de ayer* comenzaría a desmoronarse a partir de agosto de 1914.

Como es conocido, en la periodización que parece haberse impuesto en las últimas décadas en la historiografía, la Gran Guerra constituye el punto de partida de una «guerra civil europea» de treinta años y un verdadero laboratorio de las violencias que sobrevendrían. Con el derrumbe de los grandes imperios europeos tras la conflagración, la crisis del liberalismo dio lugar a una explosión de alternativas nacionales, políticas y culturales que cuestionaron de manera radical el tradicional enfrentamiento entre progreso y reacción que había dominado el siglo anterior. Entonces, se abrió la puerta a un proceso –que se había incubado antes de la guerra pero que ésta contribuyó de manera decisiva a potenciar– cargado de múltiples y variadas salidas posibles, entre las cuales acabaron por imponerse las de inspiración bolchevique y fascista.

Tal como plantearon Antoine Prost y Jay Winter en su *Penser la Grande Guerre*, la historiografía sobre la Primera Guerra Mundial ha pasado por tres grandes configuraciones sucesivas. La primera, que se desarrolló entre 1918 y finales de los años cuarenta, estuvo dominada por los estudios de historia militar y diplomática, se fundamentó básicamente en documentos oficiales y se propuso

encontrar el culpable del inicio del conflicto. En ella, los combatientes y las sociedades fueron los grandes ausentes. Justamente, éstos fueron los protagonistas del siguiente paradigma que, bajo la influencia de la historia social de *Annales*, ganaron el centro de la escena después de la derrota del nazismo. Esta reorientación hacia una historia de raíz marxista y analítica puso en el centro de los debates los elementos de continuidad entre las dos guerras mundiales. Si la cuestión central de la primera configuración había sido la de las hostilidades, ahora el eje basculaba hacia las relaciones entre guerra y revolución. En este contexto, hacia mediados de los años setenta, empezaron a publicarse algunos trabajos que, a pesar de seguir privilegiando este enfoque social y unos objetos de estudios vinculados al movimiento obrero, mostraron una cierta ampliación de los horizontes hacia el estudio de la opinión pública, la organización económica y las víctimas, entre otros temas. La tercera configuración, que comenzó a desarrollarse en los años ochenta, tuvo en la cultura –entendida desde la perspectiva historiográfica del «giro cultural»– su elemento central de análisis. En pocos años se pasó de analizar «sociedades europeas» a pensarlas en términos de «culturas» en confrontación.

Desde este marco general, en los años noventa comenzaron a publicarse una amplia variedad de estudios que dieron lugar a importantes y encendidos debates que dinamizaron y multiplicaron el conjunto de las investigaciones. Como parte de esta evolución, el desarrollo del concepto «cultura de guerra» dio lugar a una importante renovación historiográfica. Con él, definido por Stéphane Audoin-Rouzeau y Annette Becker como «el campo de todas las representaciones de la guerra forjadas por los contemporáneos»¹, se pretendía diluir la separación entre el frente y la retaguardia y desarticular la tesis de que los soldados habían sido agentes meramente pasivos bajo la presión de sus superiores. Se abrían así vías hacia estudios sobre el impacto del conflicto en los niños y su educación, las atrocidades de la guerra, los procesos de construcción de memoria y duelo, y las violencias, entre otros. Esta estimulante y controvertida formulación originó una fuerte discusión, primero en Francia y luego entre todos los especialistas mundiales sobre la Gran Guerra, que se concentró en los límites del consentimiento y la coerción de los Estados beligerantes. Como parte de este proceso, la figura del testimonio y el análisis de la construcción de la memoria colectiva cobró una especial importancia, tal como se demostró en Francia en el repetidamente analizado caso de Jean Norton Cru. Esta renovada historia de matriz cultural tuvo reflejos tanto en Alemania como en Gran Bretaña y, finalmente, acabó por extenderse más allá de los estudios sobre la Gran Guerra. Como resultado de este nuevo enfoque y de las polémicas que se derivaron de él, tal como insistieron John Home y Christophe Prochasson, la guerra dejó de presentarse como un bloque homogéneo y se fragmentó en varias fases que pusieron de manifiesto tanto la utilidad como los límites del uso del concepto. Comenzó a hablarse entonces de «culturas de guerra» y de «movilización» y «desmovilización» cultural.

Uno de los hechos más significativos de toda esta renovación historiográfica fue la emergencia de un conjunto de trabajos sobre los intelectuales, las comunidades académicas y el mundo de la cultura que pretendieron analizar sus redes de sociabilidad, sus relaciones con el poder, la política y la educación, y su papel fundamental en la construcción de nuevos discursos y culturas nacionales desde una perspectiva dinámica y atenta al desarrollo del conflicto. En este contexto, los intelectuales dejaron de ser tratados como individuos aislados para ser analizados en la complejidad de sus relaciones con la política, el poder y las sociedades, así como en sus medios de reproducción e influencia. No obstante, los debates no han cesado y la cuestión del consentimiento y la unanimidad de las sociedades europeas en guerra se encuentra lejos de estar cerrada. En este sentido, entre la amplísima bibliografía que ha aparecido recientemente –que se multiplicará al calor de los centenarios del conflicto– vale la pena destacar el libro de Nicolas Mariot *Tous unis dans la tranchée?: 1914-1918, les intellectuels rencontrent le peuple*, donde se muestra la distancia que separaba en Francia las representaciones construidas por hombres como Guillaume Apollinaire, Marc Bloch, Maurice Genevoix, Georges Duhamel o Léon Werth de lo que experimentaban los combatientes en los frentes de batalla. Desde su perspectiva, a pesar del empeño puesto por los intelectuales, la tan manida *Union Sacrée*, una suerte de «*osmose passagère entre groupe sociaux*», estuvo muy lejos de concretarse en los términos de un consentimiento y una estabilidad permanentes y sin fisuras en los frentes y las retaguardias.

LOS INTELECTUALES EUROPEOS Y LA GUERRA

En relación con la cultura europea en su conjunto y con los intelectuales en particular, el inicio de la guerra no representó una transformación total. En las últimas décadas del siglo anterior, el progreso y la civilización, piedras basales del racionalismo progresista del siglo anterior, habían sido puestas en cuestión por autores como Friedrich Nietzsche o Sigmund Freud. Lo propio habían hecho con el positivismo Henri Bergson o Albert Einstein. Y a todo ello se había venido a sumar la entrada –siempre sospechosa– de las masas en la política. Todo estuvo sometido al cuestionamiento, desde la ciencia y el arte hasta la política y las naciones. Como ha mostrado Emilio Gentile en *L'apocalisse della modernità*, la guerra fue más bien un salto en el proceso de radicalización iniciado en 1870, caracterizado, entre otras cosas, por una creciente apelación a la violencia y el antisemitismo y por el crecimiento de opciones nacionalistas expansivas que auguraban un conflicto armado a escala continental.

Con el comienzo de las hostilidades, los procesos de movilización cultural fueron dominados por unas estrategias de persuasión puestas en marcha por los Estados que funcionaron sin contratiempos relevantes. Los ejemplos abun-

dan. Como recoge Nicolas Beaupré en su *Écrire en guerre, écrire la guerre. France, Allemagne 1914-1920*, en Alemania fueron enviados durante el mes de agosto de 1914 una media de un millón y medio de poemas a los periódicos para ser publicados en honor a los soldados que partían hacia el frente; el *Berliner Tageszeitung* recibió un promedio de 500 por día durante las primeras semanas de conflicto. Para noviembre, se registraban en el mercado editorial alemán siete mil títulos relacionados con la guerra, y unos meses después, a comienzos de 1916, la avalancha de obras había alcanzado la cifra de más 17.000 nuevos trabajos². En Gran Bretaña, durante el primer año y medio del conflicto, 2.400.000 hombres, casi un tercio de los hombres en actividad, se apuntaron como voluntarios para luchar en el frente³.

La cultura fue una pieza central de todo el esfuerzo bélico y la mayoría de los intelectuales vivió los primeros días de la guerra en un estado de máxima excitación. Muchos se alistaron voluntariamente para luchar en el frente. Posiblemente, como sostuvo Roland Stromberg en *Redemption by War. The Intellectuals and 1914*, más revelador que el entusiasmo de la mayoría favorable a la intervención fue el silencio de aquellos que luego se acabaron convirtiendo en abanderados de la lucha contra ella, como George Bernard Shaw, Bertrand Russell, Stefan Zweig o Robert Graves. En Alemania y Austria, hombres como Georg Simmel, Otto Dix, Hugo von Hoffmannsthal, Rainer Maria Rilke o Gerhart Hauptmann, al igual que la mayoría del mundo académico de su país, iniciaron una campaña que presentaba la guerra como una oportunidad para vincular la alta cultura con el conjunto de la sociedad para regenerar la nación. En Francia y Gran Bretaña, la tarea se centró en la denuncia de las «atrocidades» y la defensa del «Derecho» tanto desde la prensa como desde los ámbitos universitarios y escolares.

En la construcción de estas comunidades nacionales en guerra, una de las más importantes herramientas de intervención colectiva de la cual se dotaron los intelectuales europeos fue el manifiesto público. Como sucedió en España, el conflicto pronto se convirtió en una «guerra de manifiestos» que se inició en octubre de 1914, con un conocido texto firmado por 93 académicos alemanes, que llevó a que sus pares ingleses, franceses y rusos respondieran con documentos similares. En este marco, a pesar de que se enfrentaron simultáneamente varios proyectos y valores, el centro de las polémicas se estructuró alrededor del enfrentamiento entre las «ideas de 1914» alemanas y las herencias del 1789 francés. Así, la gran mayoría de los hombres de letras alemanes se abocaron a la tarea de forjar una ideología concluyente destinada a confrontar las ideas occidentales de libertad y democracia. Los escritos de Max Scheler, Thomas Mann –sus *Consideraciones de un apolítico* escritas después de la guerra y recientemente reeditadas en castellano son un documento de máxima relevancia–, Houston S. Chamberlain, Friedrich Meinecke y Rudolf Kjellén, entre otros, sistematizaron esta lógica de confrontación que acabó por impregnar las polémicas de todo el continente europeo y parte del americano. Basándose en las tradiciones del derecho, la historiografía y

la filosofía románticas, consideraban al Estado alemán como una forma política que concedía una verdadera libertad al pueblo, que solamente podía ser posible en un sistema donde la monarquía y la burocracia se situaban más allá de intereses particulares de clases y partidos. Esta construcción intelectual fue concebida, a su vez, como un medio de movilización del pueblo contra toda tentativa de reforma del sistema político del Imperio⁴. Evidentemente, aquí ya aparecían algunas de las ideas fundamentales del *modernismo reaccionario* que identificó Jeffrey Herf hace ya algunos años.

Desde el otro lado del Rin, intelectuales y artistas franceses realizaron una revisión de los valores y la cultura alemanes que habían respetado y admirado durante mucho tiempo. Para la mayoría de ellos, la violencia de la guerra se acabó convirtiendo en un componente consubstancial a la cultura alemana, y el orgullo alemán devino un dato evidente desde Fichte, a quien pasó a considerarse uno de los grandes responsables del conflicto. El pensamiento alemán sufrió duras críticas y fue asimilado a la *nuage hégélien* que había venido a oscurecer la razón francesa, hipnotizándola al punto de que grandes maestros como Ernest Renan o Hippolyte Taine habían caído bajo su influencia. En este contexto, la guerra expandió las críticas a la noción de progreso tal como había sido asociada con Alemania, con el desarrollo de la ciencia positiva, el comercio, la industria, y la organización metódica de la vida social como elementos centrales. Alemania, patria natural de todos los pensadores, había fallado en su sacra misión y la ruta estaba ahora libre para que Francia retomara su antigua función como la nación más inteligente de Europa. Desde académicos como Ernest Lavisé o Alphonse Aulard hasta músicos como Camille Saint-Saëns se convirtieron en destacados difusores de estas ideas. Henri Bergson, uno de los personajes más relevantes del pensamiento filosófico francés en las décadas previas a la guerra, llegó a convertirse en una especie de embajador cultural itinerante que se encargó de influir con su prestigio sobre la opinión de algunos países neutrales, España y Estados Unidos entre ellos.

Esta uniformidad entre los intelectuales se resquebrajó con la aparición de la disidencia. Tras los mortíferos resultados de las batallas de Verdún y el Somme en 1916, las bases de este consenso comenzaron a verse erosionadas. El mito de la guerra imaginada y heroica quedó atrás definitivamente y las protestas comenzaron a crecer en todas las potencias europeas. Durante este año Romain Rolland recibió el Premio Nobel de Literatura correspondiente al año anterior y Henri Barbusse –que había servido en el frente durante algunos meses en 1915– publicó *La Feu*, libro por el cual un año después le fue concedido el Premio Goncourt. En 1917, Stefan Zweig publicó su drama vagamente antibelicista *Jeremiah*, mostrando que el cuestionamiento de la guerra comenzaba a extenderse y que lentamente se estaba gestando un sector intelectual disidente dentro de cada nación.

Las publicaciones y agrupamientos que rechazaban la guerra y tenían, todas ellas, a Rolland como guía espiritual, ganaron un cierto terreno en los países más

importantes de Europa. El intelectual francés residente en Ginebra decidió en noviembre de 1916 volver a tomar la palabra después de un silencio de un año y medio, abriendo así un nuevo período en su pensamiento sobre la guerra. El artículo «Aux peuples assassinés», publicado en *Demain*, fue un auténtico manifiesto de ruptura, no solamente con la guerra, sino con la vieja sociedad, con el orden capitalista y burgués. Fue una llamada a la unidad que presentó elementos cercanos al internacionalismo de izquierdas y al pacifismo zimmerwaldiano⁵.

La entrada de Estados Unidos en la guerra en abril de 1917 y el triunfo de la revolución bolchevique en noviembre del mismo año acabaron por dinamitar la estructura sobre la que se asentaban las propagandas nacionalistas y militaristas de las potencias europeas. Según el Comité de Información Pública del gobierno de Wilson, creado pocos días después de la entrada en el conflicto, debía difundirse la idea de que la intervención americana tenía tanto un carácter de cruzada por la causa de la libertad y la humanidad y un objetivo purificador y regenerador. Así fue asumido por buena parte de las sociedades de los países beligerantes y los pocos neutrales que permanecían aún al margen del conflicto. En este contexto, la relevancia de la figura del presidente americano y su programa de 14 puntos hecho público en enero de 1918 adquirió una importancia central. Todo esto complicó las posibilidades de un triunfo alemán. El fracaso en la Operación Michael, iniciada en la segunda mitad de marzo de 1918, y la firma de la paz por separado de Rusia durante el mismo mes fueron determinantes. Pronto se hizo evidente la ruptura de los frentes civiles. La *Burgfriede* y la *Union Sacrée* se vieron erosionadas en Alemania y Francia cuando comenzaron a emerger los rencores provocados por la desigualdad del peso que habían soportado los diversos sectores de las sociedades. La agitación conmovió el Imperio austrohúngaro e Italia, especialmente afectada por la aplastante derrota sufrida en Caporetto, y se sintió también en el Reino Unido y Francia. En Rusia, la revolución derivó rápidamente en guerra civil y en intervención de las potencias aliadas, y en Alemania, el hambre y la desintegración social se expresaron en el crecimiento de revueltas sociales e insurrecciones de soldados y marinos que se inspiraban en el proceso revolucionario ruso. Todos estos elementos precipitaron el desenlace de la guerra, que se concretó en la abdicación de Guillermo II el 9 de noviembre de 1918 y la firma del armisticio dos días después.

Entre los alemanes, la derrota y las reparaciones impuestas en Versalles, las breves experiencias revolucionarias de 1918-1919 y la instauración problemática de la República de Weimar proporcionó una base mítica al nacionalsocialismo para la fundamentación de su proyecto político. El papel de la Revolución Conservadora fue central en este proceso. Las obras de Ernst Jünger, Oswald Spengler, Hans Freyer, Werner Sombart, Carl Schmitt y otros intelectuales contribuyeron de manera decisiva a mostrar la potencialidad de la fuerza regeneradora de un nacionalismo que se había fortalecido durante la guerra combinando reacción y modernismo.

En Francia, la victoria perdió relevancia en el discurso intelectual frente a la magnitud de un desastre que afectaba a la humanidad en su conjunto y que motivaba en los intelectuales una «doble mala consciencia» por su papel en la propaganda de guerra y por su acercamiento al poder político. Sin embargo, la incertidumbre por su papel en la guerra fue mitigada por la convicción de que la inmensa mayoría había combatido por la causa del Derecho. Sobre esta base, el resurgimiento de temas como las atrocidades de los alemanes en el debate francés de 1918-1919 denotó que la violencia se había convertido en el tema central del conflicto y que el papel de los hombres de letras durante el conflicto recibía el apoyo de una parte significativa de la sociedad. La experiencia de la guerra concedió al pacifismo y los valores que éste representaba un lugar de primer orden y Romain Rolland gozó de una situación privilegiada, desconocida antes de 1914. Frente al crecimiento de diferentes corrientes pacifistas relacionadas de diferentes maneras con la experiencia soviética y con la Internacional Comunista, la derecha monárquica volvió a intentar reconstruir su poder bajo el liderazgo de Charles Maurras y Léon Daudet y llegó a conseguir una destacada representación electoral en su crítica a las negociaciones de paz de Versalles. En realidad, tanto en Francia como en Alemania la guerra dejó como resultado un proceso abierto que volvería a explotar en 1939.

EN ESPAÑA: LA POSICIÓN OFICIAL Y LAS DISPUTAS EN LAS NACIONES

Frente al inicio de las hostilidades, el gobierno conservador de Eduardo Dato declaró la posición neutral del Estado en *La Gaceta* del 30 de julio de 1914. A pesar de que hubo de salvar algunos momentos de tensión (especialmente importantes durante el gobierno de Romanones), esta posición se mantuvo hasta el final de la guerra. En los primeros meses, la opinión de que España no podía involucrarse en el conflicto fue compartida por casi toda la sociedad, no obstante algunas declaraciones de Alejandro Lerroux, Melquíades Álvarez y el conde de Romanones que parecieron amenazar esta aparente unanimidad. Sin embargo, con el paso de los meses el consenso inicial dio lugar a un debate sobre el carácter de la neutralidad que acabó por convertirse en una encendida polémica en la que todos se posicionaron. Empezó a hablarse entonces de simpatías y fobias. Neutralidad dejó de ser un concepto unívoco y pasó a tener decenas de adjetivaciones que denotaron unas preferencias muy concretas que contribuyeron, a su vez, a configurar unos campos culturales y políticos que se acabaron expresando de manera antagónica.

Entre los simpatizantes de las potencias centrales destacaron la Corte y el conjunto de la aristocracia, liderados por María Cristina, y los partidos carlistas y mauristas. También lo hicieron el Ejército y la mayoría de la Iglesia católica. Entre

los partidarios de los aliados resaltaron los diversos agrupamientos republicanos, los partidos socialista y reformista, y especialmente los intelectuales. Sus primeras reacciones mostraron un cierto desconcierto ya que, como pensaba Ortega y Gasset, la relevancia del proceso abierto en el continente contrastaba con el adormecimiento nacional. Mientras comenzaba «el incendio del mundo», Madrid parecía aletargada, «muy próxima a la idiotez», como escribió el filósofo en unas anotaciones inéditas entonces. Con el lanzamiento de la Liga de Educación Política como marco, la guerra encontró a la generación del 14 en un momento plenamente expansivo y de aproximación con sus antecesores. A pesar de sus constantes polémicas y enemistades transitorias con Ortega, Araquistáin y otros jóvenes, Unamuno fue uno de los personajes clave para entender los vínculos intergeneracionales. El pensador vasco pronto manifestó sus preferencias aliadófilas y contrarias a la *Kultur* alemana y detectó que la sociedad española comenzaba a dividirse en dos sectores, los germanófilos y los francófilos, que, en su interior constituían dos ortodoxias que representaban la vieja tensión entre las dos Españas. Desde una perspectiva compartida por muchos hombres de letras españoles y europeos, creía que la guerra podía tener virtudes purificadoras –«Dicen que la guerra es como una tempestad que purifica la atmósfera», escribió– siempre que se desarrollara noblemente, como un «holocausto de sacrificio». Así lo planteó en su «¡Venga la guerra!» publicado en *Nuevo Mundo* a mediados de setiembre. Para la gran mayoría de escritores, la guerra podía ser una rotunda corrección de la mediocridad y la pérdida de sentimiento nacional reinantes en España, que Ortega había esquematizado en su famosa conferencia «Vieja y Nueva Política», pronunciada pocos meses antes en el Teatro de la Comedia de Madrid. A pesar del contexto continental, podía ser una oportunidad para poner en práctica sus eternos proyectos de europeización y regeneración.

A diferencia de lo que se ha pensando muchas veces, la guerra no solamente devino unos de los ejes centrales del debate intelectual sino que también se convirtió en una fuente de enfrentamientos sociales. La crispación fue tal que llegaron a suspenderse las funciones de teatro que pudieran alterar el orden y se prohibió la proyección de películas y noticiarios en los que se hiciera referencia a la guerra. En esta situación los mundos de la política y la cultura se fueron entrelazando alrededor de las tres opciones que la guerra ofrecía para el futuro de España: la monarquía parlamentaria, encarnada por Gran Bretaña, la república laica francesa y la monarquía autoritaria y militarista simbolizada por Alemania.

Los intelectuales ocuparon un papel central en la articulación de los campos enfrentados. Tal como sucedió en el conjunto del continente, esta división se escenificó en una serie de manifiestos. El primer texto que apareció fue el neutralista «Manifest del Comitè d'Amics de la Unitat Moral d'Europa» redactado por Eugenio d'Ors –hecho público a finales de noviembre de 1914–, que dio inicio a un agrupamiento europeísta y recibió duras críticas desde el campo aliadófilo. Como respuesta a este manifiesto, un numeroso grupo de intelectuales catalanes,

en su mayoría vinculados a sectores nacionalistas republicanos, firmó el «Manifest dels Catalans», una clara demostración de la francofilia dominante en el catalanismo, que apareció el 26 de marzo de 1915.

Mientras los tanques y las bayonetas arrasaban media Europa, la Liga de Educación Política parecía no dar señales de vida. Frente a este nuevo fracaso, los intelectuales de la nueva generación volvieron a impulsar su proyecto con el eterno propósito de sacudir la opinión pública y despertar la conciencia nacional. Bajo la dirección de Ortega, un importante número de hombres de letras vinculados en su mayoría –aunque no exclusivamente– al Ateneo de Madrid, el reformismo y el republicanismo lanzaron *España* el 29 de enero de 1915, un semanario «nacido del enojo y la esperanza» que acabaría por convertirse en el periódico político más importante de la Edad de Plata. Fue allí donde el aún joven Ortega dejó entrever las razones que le llevaban a sostener una posición de aliadofilia matizada, una «política defensiva» que había de convertirse en sinónimo de vitalidad para nacionalizar la sociedad y entrar en el «tiempo nuevo». Fue allí también donde vio la luz el 9 de julio el texto más importante de la aliadofilia española, el «Manifiesto de adhesión a la naciones aliadas», redactado por Ramón Pérez de Ayala con el propósito de que España dejara de parecer «una nación sin eco en las entrañas del mundo» al proclamar su solidaridad con la causa de los aliados.

Era necesario romper con la idea de que la neutralidad del Estado era sinónimo de neutralidad en la nación. Por ello, Unamuno intentó potenciar la guerra civil que parecía abrirse entre aliadófilos y germanófilos desde las páginas de *El Liberal*. Lo propio hizo Luis Araquistáin, quien afirmó en *España* el 25 de junio de 1915 que mientras Europa se esforzaba en «eliminar de su seno el tumor del despotismo prusiano, España, convertida en miniatura de la operación quirúrgica europea», debía desterrar «también del suyo el quiste de estas hordas de alma teutónica». La dinámica amigo-enemigo se desplegó en todo su esplendor y los estereotipos del alemán y el francés se extendieron prácticamente a todas las publicaciones, tertulias y conferencias. Así lo reflejaban las portadas de revistas como *España*, ilustradas por Luis Bagaría, o las de la barcelonesa *Iberia*. En este marco, al amparo de las subvenciones proporcionadas por las embajadas francesa, inglesa e italiana, los intelectuales aliadófilos se multiplicaron desde la prensa, las revistas, los viajes realizados a los frentes de occidentales y las recepciones a los académicos franceses.

Estos intelectuales aliadófilos creyeron ver en Francia (y en menor medida en Inglaterra) una vía para el renacimiento nacional que en los años anteriores habían buscado en el Partido Reformista y el socialismo. Sin embargo, sus argumentos no estuvieron exentos de contradicciones. Sus apelaciones a la ciencia y al método científico como características netamente germanas, y por tanto despreciables, llegó a resultar incompatible o al menos contradictorio con la defensa del carácter moderno y regenerador del conocimiento científico defendido por el institucionismo, del cual se consideraban herederos.

Como sus pares aliadófilos, los hombres de letras germanófilos hicieron evidente su presencia como colectivo con el manifiesto «Amistad hispano-germana» publicado en el maurista *La Tribuna* el 18 de diciembre de 1915. Este texto, escrito por Jacinto Benavente, rechazaba de manera tajante que la guerra fuese un enfrentamiento de la libertad y la democracia contra la barbarie y el oscurantismo que supuestamente encarnaba Alemania. Desde su punto de vista, el imperio de Guillermo II representaba una lección de socialismo de Estado, orden, organización y fortaleza, que debía ser un modelo para España. Claramente, intentaban romper con el monopolio aliadófilo en la cultura española y se autoconcebían como «la representación de toda la España que piensa, trabaja y estudia» frente a «un grupo de bullidores, muchos de ellos profesionales del bombo mutuo en Madrid» que no entendía que Inglaterra era la causa principal de todos los males de la nación.

Las ideas de Juan Vázquez de Mella ejercieron una gran influencia en todo el arco germanófilo español. La guerra fue, desde su punto de vista, básicamente un conflicto entre Alemania e Inglaterra en el cual los intereses de la primera eran compatibles con los de España y, por ello, había de defenderse la «neutralidad absoluta». Pero esto no podía afirmarse para la nación, ya que ésta no podía olvidar sus intereses permanentes territoriales y raciales. Una vez que Inglaterra quedara marginada del centro de la escena política –éste era el plan–, España podría conseguir la unión con Portugal a través de la reconstitución federal de la Península y, desde esta nueva posición, estaría en condiciones de plantearse la reconquista de Gibraltar como centro de la reorientación de una nueva política internacional que había de concluir con la constitución de unos Estados Unidos de América del Sur que contrarrestara, a su vez, la creciente influencia del imperialismo norteamericano. Era una propuesta geopolítica para un renacimiento de la nación que había de poner fin al «parlamentarismo» y a la «falsa democracia» a través de tres «dogmas nacionales»: la soberanía sobre las costas, la federación con Portugal y el imperio espiritual sobre América. Se trataba de un panhispanismo *precoz* que sería recogido más tarde como *Hispanidad* por el nacionalcatolicismo⁶.

El campo intelectual germanófilo presentó dos sectores relativamente diferenciados. Por un lado, el de aquellos que, como el carlista Juan Vázquez de Mella y el católico Edmundo González Blanco, rechazaban la política internacional inglesa y los valores republicanos y jacobinos franceses, y por el otro, el de quienes, mostrando unos elementos provenientes del regeneracionismo, pensaban que Alemania, su sociedad, su sistema educativo y su vitalidad nacional debían servir como modelos para proyectar España en una perspectiva modernizadora. Esta simpatía se afirmaba en la defensa de la neutralidad frente al intento de los «farsantes de la cultura, esas hembras del 98» –la cita es de un texto Eloy Luis André en *La Esfera* del 13 de marzo de 1915– que pretendían que España fuera arrastrada por la guerra. Neutralidad y «españolismo» debían ser compatibles, a diferencia de lo que pretendían imponer los aliadófilos.

Esta heterogeneidad en el ambiente germanófilo –que se veía, además, potenciada por la presencia de Pío Baroja entre sus filas– se observaba también entre los aliadófilos. No solamente se trataba de los matices que podían observarse en las perspectivas de Unamuno, Ortega, Azaña o Araquistáin. También aparecían posicionamientos sensiblemente diferentes a los de estos intelectuales vinculados al reformismo, al socialismo y al mundo del Ateneo, como el de Álvaro Alcalá Galiano, maurrasiano y futuro miembro de Renovación Española, quien mostró en libros como *La verdad sobre la Guerra. Origen y aspectos del conflicto europeo* (1915) y *España ante el conflicto europeo* (1916) que su apuesta era por la Francia que representan las tendencias religiosas y nacionalistas de Maurice Barrés, Paul Bourget, Paul Claudel y Charles Maurras.

Las disputas antagónicas entre los campos germanófilo y aliadófilo no eliminaban puntos de conexión entre ellos. En este sentido, además de algunos casos puntuales de personajes como Luis Antón de Olmet –que pasó de simpatizar por Alemania a ser un rotundo anti-germanófilo–, es importante tener en cuenta que algunos conceptos que podían servir para proyectar una regeneración nacional llegaron a ser transversales. Fue esto lo que sucedió con las diversas perspectivas iberistas que potenció la guerra. Por un lado, desde ópticas no siempre coincidentes, germanófilos como Juan Vázquez de Mella y Manuel de Montoliu afirmaban sus propuestas en un iberismo y un latinismo de matriz clásica que se planteaban como mecanismos potencialmente renacionalizadores⁷. Desde el otro lado, la revista *Iberia*, dirigida en Barcelona por Claudi Ametlla y subvencionada desde París, también afirmaba, esta vez en la pluma de Unamuno, un planteamiento iberista en la línea de Joan Maragall que sería recogido en el último año de la guerra por la también barcelonesa y aliadófila *Messidor*. En realidad, esta coincidencia relativa era parte de un proceso más general, que había comenzado antes de la guerra en Europa, que buscaba soluciones a la cuestión de la decadencia de las naciones en miradas proyectadas tanto hacia el pasado como hacia el futuro.

En última instancia, esta confrontación entre aliadófilos y germanófilos era una expresión de la lucha por el futuro político. Era una disputa entre proyectos que, a pesar de que podían compartir elementos comunes, hacía explícitas unas perspectivas irreconciliables sobre la defensa y el cuestionamiento del sistema restauracionista. Así se expresó en los últimos años de la guerra en torno a las sucesivas polémicas sobre la neutralidad oficial y la intervención.

NUEVAS PERSPECTIVAS FRENTE A LA NEUTRALIDAD

Durante los primeros meses de 1917, la situación económica, que se había caracterizado por unos grandes beneficios empresariales y una inflación que había empobrecido a amplios sectores de la sociedad, empeoró y con ello aumentó la agitación social. Se fue extendiendo la idea de que el gobierno no estaba en

condiciones de resolver los problemas más urgentes de los sectores más desfavorecidos de la sociedad. En este marco, los acontecimientos en Rusia y Estados Unidos contribuyeron a transformar el conflicto en una lucha ideológica entre la democracia y la libertad, entre la autocracia y el militarismo. En estos meses, al calor de la intensificación de la campaña submarina alemana, la cuestión de la neutralidad devino acuciante y Romanones, que había reemplazado a Dato en el gobierno, estuvo a punto de declarar la guerra a Alemania. Pero la presión de los sectores dinásticos, combinada con la falta de apoyos en Inglaterra y Francia, acabó por hacerle cambiar de parecer.

La monarquía se fue convirtiendo en el objetivo de los aliadófilos al tiempo que un movimiento obrero militante estaba más unido que nunca, los regionalistas catalanes multiplicaban su capacidad de incidencia en la política española y los oficiales del ejército conspiraban en las Juntas. En este escenario, los intelectuales vinculados al Ateneo madrileño y a una *España* que se había convertido en un punto de encuentro entre la aliadofilia militante y los sectores socialistas y republicanos bajo la dirección de Araquistáin lanzaron una nueva iniciativa colectiva en enero de 1917, la Liga Antigermanófila, que pretendió expresar en toda su magnitud la estrecha relación establecida entre los posicionamientos sobre la guerra europea y la política española. Su texto fundacional, firmado, entre otros, por Unamuno, Azorín, Benito Pérez Galdós, Manuel Azaña, Araquistáin, Antonio Machado y su hermano Manuel, contrastó con el manifiesto de 1915 por la voluntad de deslegitimar la propaganda germanófila como una expresión de la anti-España.

La guerra civil tantas veces anunciada se escenificó en dos mitines que tuvieron lugar en la Plaza de Toros de Madrid. Exactamente en el mismo recinto y con menos de un mes de diferencia, germanófilos-neutralistas y aliadófilos-intervencionistas reunieron a decenas de miles de personas para mostrar que el país estaba dividido en dos sectores irreconciliables. Diez días después de que llegara al gobierno del Manuel García Prieto, el 29 de abril, Antonio Maura, que nunca había sido un germanófilo, reunió unas 20.000 personas en un acto anti-aliadófilo en el que se congregaron todos los sectores conservadores. Frente a esto, Araquistáin consideró que era necesario poner fin a la política de un gobierno responsable de la teoría de una neutralidad a todo trance y a todo precio que había resuelto prohibir la Liga Antigermanófila al tiempo que permitía que personajes como Vázquez de Mella y Maura difundieran sus ideas. La movilización unitaria de las izquierdas aliadófilas se expresó en un gran mitin que contó con la presencia de unas 25.000 personas. El espectáculo demostró que la causa aliada y las izquierdas estaban unidas. Tal como había planteado dos días antes Manuel Azaña en su conferencia sobre «Los motivos de la germanofilia» la ecuación era simple: únicamente uniendo sus fuerzas con las democracias europeas España podría estar en condiciones de convertirse también en un régimen democrático.

Pocas semanas después estalló la triple crisis que acabó por poner en jaque todo el sistema restauracionista. En este contexto, la aliadofilia fue asumiendo una posición de abierta confrontación con el régimen, a pesar de que se seguía contando con la expectativa de que Alfonso XIII llevara adelante una reforma constitucional democrática. Pero al constatar que el monarca no haría nada en favor de esta reforma se fue concretando la identificación del espíritu de libertad y democracia con las naciones aliadas. No obstante, no era extraño que se mezclaran la defensa de la democracia con fuerte diatribas contra el parlamentarismo ya que, como había escrito Araquistáin, el Parlamento había demostrado ser un instrumento de la monarquía y no un foro desde el cual pudiera resolverse la crisis política en un sentido democrático.

Con la guerra tocando a su fin, los intelectuales que habían convertido su aliadofilia en militancia interpretaron la derrota de Alemania como el fin de la autocracia. El viejo mundo que desaparecía con la abdicación de los Hohenzollern y los Habsburgo debía dar paso, también en España, a un nuevo régimen. En este contexto de esperanza y euforia, Ortega se había multiplicado desde las páginas de *El Sol*. Como afirmaban la mayoría de sus antiguos compañeros de *España*, pensaba que el sistema de la Restauración tenía sus días contados. En estas condiciones, la guerra debía ser una demostración rotunda de la derrota de la negativa dinámica del siglo XIX y el parlamentarismo, una «sublime podadora» que, a pesar de sus defectos, había tenido la virtud de «sacudir la inercia social echando por la borda toda institución caduca». El conflicto había abierto la puerta a nuevos caminos que las minorías directivas de las sociedades europeas estaban señalando. Por ello, la salida a la crisis española debía estar en los intelectuales, los únicos que podían desarrollar un proyecto asentado en los valores de la libertad, la justicia social, la competencia y la modernidad. Se trataba de «sustituir radicalmente el eje histórico de la existencia nacional, de entregar España a otra clases y maneras de hombres», como escribió el 23 de marzo de 1918. El propósito era claro: liquidar lo viejo y dar paso a lo nuevo. Lo viejo y lo nuevo no eran aquí categorías generacionales como antes de la guerra. Lo viejo era la autocracia, el corrupto sistema de la Restauración, y lo nuevo era la incierta democracia que parecía vislumbrarse en Europa.

En cierta manera, esta propuesta de Ortega pareció expresarse en un nuevo agrupamiento, la Unión Democrática Española para la Liga de la Sociedad de Naciones Libres, fundada en noviembre de 1918. Fue la última demostración del turbulento proceso iniciado en 1917 en el que los intelectuales se habían investido de la misión de proyectar a través de los valores de los aliados el porvenir de la democracia en España. Otra vez, la redacción de *España* fue la sede de este nuevo agrupamiento y Azaña, secretario del Ateneo y del Partido Reformista, actuó también como secretario de la Unión. El círculo parecía cerrarse. Pero pronto la aceptación de España en la Sociedad de Naciones y el fracaso del gobierno de concentración de Maura, acabó por volver a sumir a muchos intelectuales en la

desesperanza. La crisis que había de sublimar todas las aspiraciones construidas y defendidas durante cuatro largos e intensos años parecía cerrarse en falso, con un triunfo aliado celebrado en muchas calles del país, pero con una vuelta a la más vieja política. Frente al estallido de la revolución en Alemania, España volvía a confirmarse como una excepción en el contexto europeo. En la hora de la paz, Alfonso XIII decidió reemplazar a Maura por el marqués de Alhucemas, y a este, otra vez por Romanones. Esto parecía ser todo. «Mientras el mundo subía tan alto, España no podía descender más abajo», escribió Araquistáin en *España* el 7 de noviembre de 1918. Una vez asumida la negativa de la monarquía a tener en cuenta a los reformistas, algunos intelectuales aliadófilos decidieron que debía trabajarse en adelante desde una perspectiva republicana. «Hay que hundir la monarquía para alzar España; para conquistar la ciudadanía europea», escribió Marcelino Domingo una semana después en la misma revista.

EL IMPACTO DE LA GUERRA

En cierta manera, la actual falta de estudios sobre el impacto global de la guerra en el conjunto de los intelectuales españoles denota la pervivencia de una cuestión conflictiva, heredada de los discursos nacionalistas de algunos pensadores regeneracionistas. Se trata de un elemento central del discurso de la degeneración, del fracaso nacional: la idea de que España no formaba parte de Europa, que no acababa de encajar en ella, y de que para *regenerarse* había de buscar necesariamente en Europa los antídotos contra su enfermedad. Resulta interesante observar cómo los discursos de algunos hombres de letras han acabado por condicionar la agenda de los investigadores durante muchas décadas. Frente a esta situación se hace necesario insistir en que, a pesar de que en las primeras décadas del siglo XX España no estaba en el centro de las grandes alianzas internacionales, en el plano de la cultura estaba especialmente inserta en Europa. Desde luego, los intelectuales, y sobre todo aquellos que escribían una y otra vez sobre el *problema* de España, estaban plenamente influidos por su ambiente intelectual y tenían un cierto impacto sobre él.

La guerra representó un momento de máxima importancia en el largo derrotero iniciado en el 98 y tuvo en la generación del 14, liderada por Ortega, su actor principal. Durante su desarrollo, todos los conceptos trabajosamente elaborados en las décadas anteriores en un constante ejercicio de comparación con una idea idealizada de Europa se pusieron a prueba y obligaron a los intelectuales a tomar partido, a proyectar nuevos remedios para la *enfermedad* nacional y a actuar políticamente en consecuencia.

El impacto de la Gran Guerra sobre la política y los intelectuales en España fue, vale la pena insistir en ello, mucho más importante que lo que se ha pensado. O al menos, que lo que se ha escrito. Los cambios políticos e ideológicos –

también económicos y sociales– que ella produjo globalmente fueron profundos y sus consecuencias se observaron en las décadas siguientes. No en vano, la gran mayoría de intelectuales, desde Araquistáin a Eugenio d’Ors, volvieron a recordar estos años varias veces a lo largo de su vida. Anticipándose a una interpretación que han compartido Gerald Meaker y Francisco Romero Salvadó, en 1949, en el exilio de Buenos Aires, Francisco Ayala publicó *La cabeza del cordero*, un conjunto de narraciones cuyo proemio planteaba que las divisiones ideológicas de la Guerra Civil habían tenido sus orígenes en la Primera Guerra Mundial, donde los «partidos diseñaron, en aquella España neutralizada, el tajo que más tarde escindiría a los españoles en dos bandos irreconciliables»⁸. A pesar de que resulta necesario matizar este planteamiento general en algunos aspectos –los alineamientos no coinciden en todos los casos con aquellos que se produjeron durante la dictadura de Primo de Rivera y la Segunda República y, sobre todo, corren el riesgo de ignorar las heterogeneidades dentro de los grandes bloques germanófilo y aliadófilo–, no pueden dejarse de lado las huellas del conflicto europeo en una España que a pesar de que no tuvo los millones de ex-combatientes que nutrieron las diferentes propuestas de nacionalismo radical en Europa, vio cómo los discursos políticos, las lecturas de las opciones posibles frente a un régimen en crisis, y la necesidad de articular nuevas formulaciones para renovar las culturas políticas nacionalistas resultaron profundamente afectadas. No hubo un Estado en guerra ni unos esfuerzos bélicos que afectaran a la sociedad, pero existió una voluntad consciente para pensar el conflicto y posicionarse en consecuencia que, en su desarrollo, acabó por vincular estrechamente el pensamiento sobre el conflicto con la realidad política española y su renovación vital-nacional.

La guerra demostró que los intelectuales como colectivo debían ejercer su papel en estrecha relación con la política. Las sucesivas plataformas que se concretaron durante los cuatro años de conflicto –*España*, la Liga Antigermanófila, la Unión Democrática Española para la Liga de la Sociedad de Naciones– mostraron una creciente conciencia de su papel determinante en la regeneración nacional de la misma forma que lo hicieron sus contemporáneos europeos. Entre los jóvenes –la llamada generación del 14– esta determinación fue más incondicional, mientras que en sus antecesores se limitó por momentos a la mera crítica cultural con el propósito de sacudir las conciencias de sus audiencias. Para los jóvenes, resultó posible y necesario influir en las líneas políticas del Estado, tal como afirmó repetidamente Ortega. La contaminación entre intelectualidad y política, de la cual, en opinión de Azaña, la III República francesa era el modelo a imitar, debía ser total y el papel de los intelectuales, central en la reforma del Estado. El papel otorgado a la intelligentsia en la nueva política hizo que esta generación del 14 fuese la primera deliberada y orgánicamente política, la primera verdaderamente intelectual en el sentido que adquirió la palabra después del affaire Dreyfus. Sin embargo, esto no quiere decir que se produjera una ruptura generacional abrupta que pueda justificar una tajante esquematización entre una

generación metapolítica, la del 98 y otra esencialmente política, la del 14. Los posicionamientos de Miguel de Unamuno y todas sus actividades durante los años de la Gran Guerra constituyen un ejemplo suficientemente ilustrativo de los peligros de unas taxonomías demasiado estrechas⁹.

El impacto de la guerra se produjo de manera gradual. Según sostuvo Luis Araquistáin en las primeras páginas de *Entre la guerra y la revolución*, se dividió en tres fases: primero el conflicto se siguió como si fuera un juego y la gente llegó incluso a hacer apuestas por el resultado; después, en 1915, los españoles comenzaron a tomar partido; y finalmente, hacia 1916 se produjo el estallido de la agitación y la movilización sobre la cuestión de la neutralidad. En las diferentes fases, todo el debate giró en torno a la posición neutral de los diferentes gobiernos que se sucedieron entre 1914 y 1918. Es éste un elemento clave para entender la relación estrecha entre el cuestionamiento de la posición frente a la guerra que comenzó a desarrollarse en 1915 y la crítica a los gobiernos y al propio régimen que tuvo lugar en 1917-1918.

Como parte de este desarrollo se produjo una revisión de una serie de conceptos que habían sido fundamentales en la configuración del pensamiento regeneracionista desde finales de siglo. Así lo mostró Ortega, quien se vio obligado a revisar su tan repetida idea de Europa como solución para la decadencia española. En el prólogo a la segunda edición de *España invertebrada*, publicado en octubre de 1922, afirmó que los años posteriores al conflicto europeo habían llevado a una profunda depresión de la potencialidad de las naciones europeas, que transitaban «el momento más grave de toda su historia»¹⁰. La imagen de las trincheras, que se había hecho habitual en sus meditaciones durante estos años, indicaba la influencia que había tenido la guerra en la trayectoria de un Ortega que, fiel a su optimismo, había tendido a adoptar un gesto de entusiasmo sin dejar de denunciar la crueldad de los frentes o de criticar la exaltación patriótica de un Max Scheler o de un Hermann Cohen. Con ese gesto de entusiasmo saludaba, también, al obrero-guerrero, nuevo protagonista social forjado en los campos de batalla, que simbolizaba ya el principio de trabajo y el de la nación, personificando en el obrero el abnegado compromiso con la comunidad, y en el guerrero la ejemplaridad de los mejores que habían de organizar la nación¹¹. Después de 1919, Europa había quedado extenuada y España ya no podía buscar la solución en ella. Al menos, no en el modelo de Europa diseñado antes de 1914.

La idealización de Europa como horizonte regenerador tendió a verse sensiblemente limitada durante los años de posguerra. Esto se produjo por dos razones: a nivel europeo, la creciente percepción de que la guerra había sido un auténtico desastre civilizatorio (que se extendió en Francia al compás de una creciente simpatía por un pacifismo intelectual que acabó por vincularse en no pocos casos con el bolchevismo, tal como mostró el grupo *Clarté*) y, a nivel local, la decepción por la escasa receptividad mostrada por las potencias vencedoras hacia los reclamos de democratización del sistema restauracionista. En Cataluña,

vale la pena recordarlo, esta decepción se expresó también ante el fracaso de la política autonomista, que no contó con el esperado apoyo de Clemenceau¹².

Tal como sucedió en el conjunto de los nacionalismos europeos durante las primeras décadas del XX, el binomio decadencia-regeneración constituyó una pieza esencial en la estructuración del nacionalismo español durante los años de la guerra. Durante este proceso, la posibilidad de convertir a España en una nación *vital* se modificó. En este marco se reformularon, a veces desde perspectivas antagónicas, antiguos proyectos políticos y nacionalizadores. La necesidad de una renovación del discurso nacional comenzó a tener en la crítica al régimen de la restauración y a la corona uno de sus puntos clave hacia 1917. Por ello, el debate se concentró alrededor de la intervención o la neutralidad, en el cuestionamiento del régimen que propugnaba el sector mayoritario de la aliadofilia o la defensa del statu-quo que sostenían los germanófilos. Por eso, también, la cuestión el republicanismo pudo ser –mucho más que antes– una vía de renovación del discurso nacional o, como ha escrito recientemente Àngel Duarte, una manera de liberar a España de sí misma¹³.

NOTAS

- 1 Stéphane Audoin-Rouzeau y Annette Becker, «Violence et consentement: la «culture de guerre» du premier conflit mondial», en Jean-Pierre Rioux y Jean-François Sirinelli (dirs.), *Pour une histoire culturelle*, París, Seuil, 1997, p. 252.
- 2 Wolfgang Marynkewicz, *Salón Deutschland. Intelectuales, poder y nazismo en Alemania (1900-1945)*, Barcelona, Edhasa, 2013, p. 239.
- 3 Stéphane Audoin-Rouzeau y Anette Becker, *14-18. Retrouver la guerre*, París, Gallimard, 2000, pp. 113-119.
- 4 Aleksandr N. Dmitriev, «La mobilisation intellectuelle. La communauté académique internationale et la Première Guerre mondiale», *Cahiers du monde russe*, número 43/4, 2002, pp. 622-627.
- 5 La Conferencia de Zimmerwald, que tuvo lugar en Suiza entre el 5 y 8 de setiembre de 1915, reunió a la izquierda socialista internacional que cuestionaba la intervención de los partidos socialdemócratas en la guerra. Entre los participantes destacaron los bolcheviques Lenin y Zinoviev, representantes de la minoría «derrotista» o de izquierda, y una mayoría que se proponía la reconstitución de la Internacional Socialista. Al año siguiente, estos sectores volvieron a encontrarse en Kienthal.
- 6 Juan VÁZQUEZ DE MELLA: *El ideal de España. Los tres dogmas nacionales*, Madrid, Imprenta Clásica Española, 1915.
- 7 Maximiliano Fuentes Codera, «Germanófilos y neutralistas: proyectos tradicionalistas y regeneracionistas para España (1914-1918)», *Ayer*, número 91, 2013, pp. 63-92.
- 8 Citado en Javier Krauel, «Visión parcial del enemigo íntimo: La Gran Guerra como antesala de la Guerra Civil», *Vanderbilt e-Journal of Luso-Hispanic Studies*, número 5, 2009, en <http://ejournals.library.vanderbilt.edu/ojs/index.php/lusohispanic/article/view/3230/1439>; Gerald Meaker, «A Civil War of Words: The Ideological Impact of the First World War on Spain, 1914-1918», en Hans Schmitt (ed.), *Neutral Europe Between War and Revolution, 1917-1923*, Charlottesville, The University Press of Virginia, 1988, pp. 1-6; Francisco Romero Salvadó, *España 1914-1918. Entre la guerra y la revolución*, Barcelona, Crítica, 2002.
- 9 Véase María Díaz Cristóbal, «¿La Generación clásica? Modernidad, modernismo y la generación del 14», *Historia y Política*, número 8, 2002, pp. 143-165.
- 10 José Ortega y Gasset, «Prólogo a la segunda edición», en *España invertebrada. Bosquejos de algunos pensamientos históricos*, Espasa, Madrid 2006, p. 35.
- 11 Sabine Ribka, «Ortega y la 'Revolución Conservadora'», *Historia y política*, número 8, 2002, pp. 184-186.

- 12 Xosé Manoel Núñez Seixas, *Internacionalitzant el nacionalisme. El catalanisme polític i la qüestió de les minories nacionals a Europa (1914-1936)*, Catarroja - Valencia, Afers - Universitat de València, 2010.
- 13 Àngel Duarte, «La República, o España liberada de sí misma», en Javier Moreno Luzón y Xosé M. Núñez Seixas (eds.), *Ser españoles. Imaginarios nacionalistas en el siglo XX*, Barcelona, RBA, 2013, pp. 104-132.

.....
MAXIMILIANO FUENTES CODERA (Buenos Aires, 1976) es investigador en el área de Historia Contemporánea en la Universitat de Girona. Sus líneas de trabajo se centran en historia intelectual comparada de la primera mitad del siglo XX, con especial atención a la figura de Eugeni D'Ors durante el periodo 1914-1923. Es miembro del grupo de investigación «Historia, Memoria, Identidades» de la UdG.